

# Dolores de parto

L. SILLENS

El 2 de octubre de 1911, describiendo una noche de insomnio, Kafka anota en su diario: "Creo que este insomnio viene únicamente de que escribo. Pues aunque escriba tan poco y tan mal, estas pequeñas conmociones me vuelven susceptible...".

Quizá el insomnio no viene del hecho de que escriba, sino más bien al revés, si escribe es a causa de aquello que, entre otras cosas, le produce insomnio. Pero es que para él sus, digamos, especiales características personales, el hecho de escribir y las molestias físicas que padece están estrechamente relacionadas. Por eso cuando se le diagnostique la tuberculosis vinculará la aparición de la enfermedad a sus dramáticos conflictos internos.

En uno de sus cuadernos deja anotado que "me he pasado las dos últimas noches tosiendo sangre sin parar", y añade que si muere o queda incapacitado "podré decir que me he destruido a mí mismo". Estamos en agosto de 1917. Lo que los médicos diagnosticarán como tuberculosis se declara por medio de esas revulsivas hemorragias. Y Kafka lo interpreta así: "El mundo—con F. como representante— y mi yo, en su insoluble confrontación, destruyen mi cuerpo".

F. es Felice Bauer, es decir, su novia en aquella época. Y no, no era eso lo que destruía su cuerpo. Es probable que lo destruyera mucho más el amianto que había respirado durante años en la fábrica de tratamiento de ese material que se le había ocurrido fundar a su cuñado, y en la que él se había visto obligado a participar. Kafka no contaba con ello, pues por entonces no se conocían bien los efectos mortales de la exposición al amianto. Ahora sí se conocen, pero curiosamente los trabajos biográficos sobre Kafka no los relacionan con su enfermedad. La exposición al amianto causa diversos tipos de cáncer, entre ellos el denominado mesotelioma, tumor que afecta a la pleura y que en la gran mayoría de los casos está causado por la inhalación de amianto, y otras enfermedades, como la asbestosis, que produce fibrosis quística. No

sería nada extraño que la enfermedad de Kafka tuviera esta causa, y que a lo que se le diagnosticó como "tuberculosis" se le hubiera dado en la actualidad otro nombre. En 1917 Kafka tenía treinta y cuatro años; llevaba acudiendo con asiduidad a la fábrica de amianto de su cuñado, de cuya sociedad él mismo formaba parte, desde los veintisiete; además, en su familia no había habido ni un solo caso de tuberculosis, como él mismo señala en una carta que le escribe a Felice.

"No me ha sorprendido el que se haya declarado una enfermedad, el que haya salido sangre tampoco me ha sorprendido, la verdad es que desde hace ya años estoy atrayendo a la gran enfermedad a fuerza de insomnios y jaquecas ... en cambio lo que sí me sorprende es que se trate de tuberculosis, eso desde luego; el que sobrevenga a mis treinta y cuatro años, de la noche a la mañana, sin que exista el más mínimo caso precedente en toda mi familia" (9 de septiembre de 1917).

Para él, claro, es él mismo el que atrae a la enfermedad. Era algo que encajaba muy bien con su forma de entender las cosas. La enfermedad es un producto físico de sus conflictos internos. Es un mal provocado por lo malo que hay en él. "La sangre no proviene del pulmón", dice en una carta posterior de ese mismo año, "sino de la estocada, o de una estocada definitiva, de uno de los combatientes". De lo que él sentía literalmente así, como uno de los "combatientes" que libraban duros combates dentro de él. Pues en realidad así es, el interior de un ser humano es un campo de batalla, y lo que llamamos una "persona" no es sino el espacio en el que libran sus batallas multitud de organismos impersonales, algunos de ellos con malísimas intenciones.

Pero si estos conflictos inducían a Kafka a pensar que la enfermedad que padecía era la consecuencia lógica de lo que tenía lugar en su interior, cuyo cotidiano encarnizamiento aumentaba su sufrimiento a la vez que enriquecía su experiencia, lo que por otra parte suscitaban eran peculiares y ricas formas de



José de Togores: *Cabeza femenina*.

vida. Vida en forma de escritura.

Y así, si volvemos a la anterior anotación de 1911: "... estas pequeñas conmociones me vuelven susceptible, hacia la última hora del día y todavía más por la mañana noto los dolores de parto, la cercana posibilidad de estados grandes, exaltantes, que podrían hacerme capaz de todo, y luego no consigo ninguna calma, en medio del ruido general que hay en mí y al que no consigo dar órdenes".

Este sentimiento de la obra literaria como un parto estaba tan arraigado en Kafka que no lo abandonaría nunca. Igual que un nuevo e ingenuo ser, aunque en este caso de una forma mucho menos traicionera, llega a la vida la obra literaria. Prendida en una delgada línea en la que se confunden la vida y la muerte, envuelta en una gozosa experiencia y empujada por tremendas convulsiones. Esta idea está sólidamente instalada en la imaginación de Kafka. Sus conmociones y fases de pesimismo y exaltación preludian ese estado de plena y dolorosa ebullición de una vibrante energía, de fuerte tensión y de clara apertura, de la noche de septiembre del año siguiente en que escribe *La condena*, estado que en el Kafka que escribe, que coge la pluma para iniciar una historia, para escribir una carta o para hacer una simple anotación en un cuaderno no es una excepción, sino algo habitual, y no porque la escritura tenga la virtud de propiciarlo o esté directamente implicada en su aparición, sino porque es también habitual en el Kafka que vive, en

el que va a la oficina y siente la imposición familiar de participar en la fábrica de amianto de su cuñado como una obligación que lo aboca al suicidio, un Kafka en el que se diría que la tensión, la intensidad y la confusión del gozo y el dolor no tienen interrupción.

Cuando el 11 de febrero de 1913 Kafka vuelve en su diario la mirada hacia la famosa noche de septiembre de 1912 en que escribe *La condena*, escribe: "como un auténtico parto, esta historia ha salido de mí cubierta de suciedad y mucosidades y yo soy el único cuya mano es capaz de llegar hasta su cuerpo y tiene ganas de hacerlo".

Habla de ello no buscando un símil de manera forzada, ni complaciéndose en expresarse por medio de imágenes más o menos poéticas, sino porque así lo experimenta. No es literatura. La obra es como el nacimiento de una criatura, en el que se mezclan el prodigioso poder de la naturaleza y unas terribles dificultades físicas que por desgracia también forman parte de la misma naturaleza.

Hay partos más o menos fáciles o difíciles, pero en ninguno está ausente el dolor. Eso es lo que le dirá años después a un muchacho llamado Gustav Janouch, hijo de un compañero de trabajo. Estamos hacia 1920. Por esta época Kafka mantenía estrechas relaciones de amistad con gente mucho más joven que él, como el propio Janouch, como el médico Robert Klopstock, que lo atendió en su agonía, como una chica llamada Tile Rössler, de dieciséis años, que estaba presente en Múritz en el verano de 1923,

cuando Kafka conoció a Dorá Diamant, la que sería su compañera en sus últimos meses de vida, que también era muy joven, de veinticinco años. Cuando Kafka hablaba con Janouch no sospechaba que

éste, llevado por la admiración que sentía hacia él, apuntaba luego minuciosamente todo lo que le oía decir, y menos aún que esos apuntes se convertirían después en un libro llamado *Conversaciones con Kafka*. Pues bien, una de estas conversaciones pone de manifiesto el sentido que para Kafka tenía esta concepción de la obra literaria, o lo que es lo mismo, el sentido que para él tenía la escritura.

Escribir, le dice a Janouch, "no es un acto de virtuosismo, sino un dar a luz, una procreación comparable a cualquier parto". Decir que no es un acto de virtuosismo es desvincular a la obra literaria de la literatura y vincularla con algo que la precede, con aquello que está atento a un movimiento del que está excluido el fingimiento y el artificio, en el que no se contempla la proyección exterior de lo que se está haciendo y por lo tanto no se experimenta la necesidad del lucimiento y de la brillantez, la necesidad es otra, una necesidad que se ventila en el silencio y en la oscuridad.

En Kafka, el virtuosismo queda reducido a la triste y desnuda exhibición del artista del hambre, el virtuoso que está al margen de todo virtuosismo, el hombre que está al margen de la vida normal, de la inexpressiva mirada de la humanidad que lo contempla encerrado en su jaula, y que si es artista lo es no porque tenga especial interés en serlo, sino porque no puede ser otra cosa.

"El virtuosismo sólo les está reservado a los comediantes, y los comediantes siempre empiezan donde termina el artista".